

A. R. ORAGE

Del Amor y Otros Ensayos

Título de la obra en inglés:
"ON LOVE - WITH SOME APHORISMS
AND OTHER ESSAYS"

Traducida del inglés por Dorothea Dooling,
Roberto Wangeman Castro, Fernando Llosa Porras
y Antonio Cook Garland



Introducción.....	5
Del Amor.....	8
De La Religión.....	15
¿Qué Es El Alma?.....	22
Conversaciones Con Katherine Mansfield En Fontainebleau.....	26
Aforismos.....	32

INTRODUCCIÓN

Los hombres que mayor influencia ejercen sobre su época y su ambiente no son necesariamente los que más fama alcanzan. Por supuesto que sus nombres son conocidos en el círculo que dominan, como nombres mágicos; pero la magia no se hace en público, y puede ser que la posteridad jamás los llegue a conocer. En todos los tiempos hay tales Eminencias Grises, tanto en el mundo del pensamiento como en el de la política y las finanzas. En su época, A. R. Orage fue uno de esos hombres.

En Inglaterra en las primeras décadas de este siglo, quizá no hubo nadie que, sin ninguna imposición, tuviera más influencia sobre las mentes de tantas personas como Orage. Lejos de ser una dictadura, la influencia que ejercía fue creadora, vivificante. Tenía la capacidad catalizadora para hacer germinar las potencialidades en aquellos que integraban su círculo literario. Su humildad personal, su calor, su capacidad de escuchar, acrecentaban la fuerza de su mente poderosa. Fue el padre, o hermano mayor, de toda una generación de escritores; habría podido ser su rey o su dios, pero eso no estaba en su naturaleza.

Su revista, *The New Age*, fue "la Biblia de nuestra generación; preferíamos sufrir hambre a dejar de comprarla", escribió uno de sus contemporáneos. G. Bernard Shaw, quien ayudó a financiar la revista en sus comienzos, dijo que Orage era el editor más brillante que Inglaterra había producido en los últimos cien años. T. S. Eliot lo calificó como "la inteligencia crítica más fina de nuestros días". "quiero agradecerle por todo lo que usted me permitió aprender," le escribió Katherine Mansfield; "usted me enseñó a escribir, me enseñó a pensar..." Chesterton, Pound, Arnold Bennett, Wells, Belloc - sería interminable la lista de sus amigos, protegidos, admiradores, algunos famosos y otros desconocidos, que escribieron para su revista o se reunieron para conversar con él y entre sí sobre literatura, psicología, religión oriental y economía. "Doquiera explorara yo en su mente, encontraba los largos corredores iluminados," dijo el poeta irlandés AE; y la literatura fue solamente uno de esos corredores. En los años treinta participó en lo más

reñido del combate por la nueva economía, y abogó brillantemente por el sistema de Crédito Social del Mayor Douglas, anticipándose a las tendencias económicas actuales con una visión que sólo ahora se puede apreciar con justeza. Investigó la nueva psicología de Jung y de Freud, comparando sus ideas con las de Tomás de Aquino, los Herméticos y Patanjali; formó un grupo de distinguidos psiquiatras y médicos con quienes estudió el tema del psicoanálisis versus la psicosisintesis.

En 1922, en forma súbita e inexplicable para todos sus amigos, vendió su revista y dejó todas sus actividades para ir a Francia y convertirse en alumno de un griego, poco conocido en aquel entonces, llamado Gurdjieff. "Voy en busca de Dios", le dijo a su atónita secretaria. Pero no se trataba de un impulso, sino más bien de la conclusión lógica de una búsqueda larga y activa. Por algún tiempo había estado en contacto con Ouspensky, asistiendo a sus conferencias en Londres, en una de las cuales conoció a Gurdjieff. En menos de un año había abandonado su vida habitual, trasladándose a Fontainebleau.

Trabajó con Gurdjieff durante siete años, varios de los cuales los pasó en los Estados Unidos dirigiendo grupos para el estudio de la enseñanza de Gurdjieff. Regresó a Inglaterra en 1931 y fundó *The New English Weekly*, otra revista de ideas. Esperaba poder transmitir en ella algunos de los aspectos de la enseñanza que había llegado a ser la fuerza directriz de su pensamiento y de su vida. Murió inesperadamente en 1934, a la edad de sesenta y un años.

Los ensayos y aforismos que ahora se publican los escribió después de su encuentro con Gurdjieff. El subtítulo del ensayo Del Amor -"versión libre del tibetano"- es por supuesto una broma amable, y al mismo tiempo, un llamado a una cierta actitud de parte del lector. Este ensayo ha llegado a ser algo así como un clásico, y sin duda recibirá mayor reconocimiento literario antes del fin de esta época de Acuario. Ya se ha abierto camino en muchas mentes y corazones, en la forma que Orage más lo hubiese deseado: como una influencia en la dirección del crecimiento interior individual.

DEL AMOR
VERSIÓN LIBRE DEL TIBETANO

Hay que aprender a distinguir entre tres tipos de amor por lo menos (aunque haya siete en total): amor instintivo, amor emocional y amor consciente. No hay mayor peligro de que no se puedan aprender los dos primeros, pero el tercero es raro y depende tanto del esfuerzo como de la inteligencia. El amor instintivo está basado en la química. Toda la biología es química, o quizás deberíamos decir alquimia; y las afinidades del amor instintivo, manifestadas en las atracciones, repulsiones, combinaciones mecánicas y químicas que llamamos el amor, el cortejar, el matrimonio, hijos y familia, son sólo los equivalentes humanos del laboratorio de un químico. Pero ¿quién es aquí el químico? Lo llamamos la Naturaleza. Pero ¿quién es la Naturaleza? La verdad es que no lo sospechamos más de lo que pueda sospechar un alcanforero injertado en una higuera la existencia de un jardinero. Y, sin embargo, hay un jardinero. El amor instintivo, por ser químico, es tan fuerte y perdura tanto como las sustancias y cualidades de las cuales es manifestación... Esas sustancias y cualidades no pueden ser conocidas y mensuradas sino por quien entienda la progresión alquímica que llamamos herencia. Muchos han observado que los matrimonios felices o desgraciados son hereditarios. Lo mismo sucede con el número de hijos, su sexo y su longevidad, etc. La llamada ciencia astrológica no es sino la ciencia (cuando llega a serlo) del proceso de la herencia durante largos períodos.

El amor emocional no tiene su raíz en la biología. De hecho, es casi siempre antibiológico en su carácter y dirección. El amor instintivo obedece a las leyes de la biología, es decir, a la química, y precede por afinidades. Pero el amor emocional es a menudo la atracción mutua entre desafinidades e incongruencias biológicas. El amor emocional, no acompañado por el amor instintivo (como casi siempre ocurre) raramente origina descendencia; y cuando esto sucede, la biología no se beneficia. Extrañas criaturas surgen de los abrazos del amor emocional: tritones y sirenas, Barbazules y *belles dames sans merci*. El amor emocional no sólo es efímero, sino que evoca a su asesino. Tal amor crea odio en su objeto, si es que el odio no está allí desde un principio. El amante emocional se vuelve pronto objeto de indiferencia y, poco después, de odio. Estas son las tragedias del amor emocional.

El amor consciente rara vez se logra entre seres humanos; pero puede ser ilustrado en las relaciones del hombre con sus predilectos del reino animal o vegetal. El desarrollo del caballo y del perro desde su estado natural original o el cultivo de flores y frutos son otros tantos ejemplos de una forma *primitiva* de amor consciente, primitiva porque el motivo es todavía egoísta y utilitario. En síntesis, el caballo domado y la fruta cultivada sirven al hombre para su uso personal; y no puede decirse que su trabajo sobre ellos esté motivado solamente por el amor. El motivo del amor consciente, en su estado desarrollado, es el deseo de que el objeto llegue a alcanzar su propia perfección innata, sean cuales fueran las consecuencias para el amante mismo. "¿Que importo yo?, con tal de que ella alcance su perfecto desarrollo", dice el amante consciente. "Me iría al infierno si de esa manera ella pudiera alcanzar el cielo." Y la paradoja de esta actitud es que un amor de esta índole siempre evoca en su objeto una actitud similar. El amor consciente engendra amor consciente. Es raro entre los seres humanos por varios motivos: primero, porque la gran mayoría son niños que quieren ser amados pero no amar; segundo, porque rara vez se concibe la perfección como la meta justa del amor humano - aunque sólo esto diferencie el amor humano adulto del amor infantil y animal; tercero, porque los seres humanos no saben, aunque lo deseen, qué es bueno para sus seres amados; y cuarto, porque nunca ocurre por accidente, sino que debe ser objeto de resolución, esfuerzo, elección consciente. Es tan poco probable que el amor consciente surja de por sí como que el Bushido o la Orden de Caballería haya surgido por accidente. Así como éstas fueron obras de arte, también el amor consciente debe ser una obra de arte. Este tipo de amante se enlista, pasa por su aprendizaje, y quizá alcance un día la maestría. Se perfecciona a sí mismo para poder desear y ayudar con pureza la perfección de su amada.

¿Quiere alguien ingresar en esta orden del amor consciente? Que se deshaga entonces de todo deseo personal e idea preconcebida. Contempla a su bienamada: ¿qué clase de mujer (u hombre) es ella (o él)? He aquí un misterio: un aroma de perfección, cuyo aire naciente es adorable. ¿Cómo puede actualizarse esta perfección, para gloria de la amada y de Dios su Creador? Que piense el amante si es capaz de ello. Sólo puede concluir que no lo es. Quien no puede cultivar flores, ni tratar bien a perros o caballos, ¿cómo puede aprender a revelar la perfección, aún por germinar, de la amada? Se requiere humildad y luego una tolerancia deliberada. Si no estoy seguro de lo que conviene a su perfección, al menos que tenga ella libertad para seguir sus propias inclinaciones. Entretanto estudiaré: qué es ella, y qué puede llegar a ser; qué necesita, qué

busca su alma sin poder encontrarle nombre y, todavía menos, forma.

Tendré que prever hoy sus necesidades de mañana; sin pensar nunca en lo que sus necesidades puedan significar para mí. Veréis, hijos e hijas, la autodisciplina y la autoeducación que se exigen aquí. Entrad, audaces, en estos bosques encantados. Los dioses se aman conscientemente. Y los amantes conscientes se convierten en dioses.

La gente, sin asomo de rubor, hace alarde de haber amado, de amar o de esperar amar. Como si el amor fuese suficiente, o como si pudiese cubrir cualquier pecado. Pero el amor, como ya hemos visto, cuando no es amor consciente - es decir, amor que trata de ser a la vez sabio y capaz en el servicio de su objeto - es una afinidad o una desafinidad y, en ambos casos, igualmente inconsciente, o sea, descontrolado. Tal estado de amor es peligroso para uno mismo, o para el otro, o para ambos. Nos vemos, entonces, polarizados por una fuerza natural (que sirve a sus propios objetivos sin tomar en cuenta los nuestros) y cargados con su energía; y sólo a la fortuna podremos atribuir el hecho de no dañar a alguien como consecuencia de transportar dinamita descuidadamente. El amor sin conocimiento y sin poder es demoníaco. Sin conocimiento, puede destruir lo amado. ¿Quién no ha visto a más de un ser amado reducido a la miseria y a la enfermedad por su "amante"? Sin poder, el amante tiene que sentirse infortunado, puesto que no puede hacer por su amada lo que él quiere y sabe que le deleitaría. Los hombres deberían pedir a Dios que no tengan que sufrir la experiencia de amar sin conocimiento y sin poder. O, estando enamorados, deberían pedir el conocimiento y el poder capaces de guiar su amor. El amor *no* es suficiente.

"Te amo," dijo el hombre. "Qué extraño que ello no me haga sentirme mejor," respondió la mujer.

La verdad sobre el amor es aparente en el orden en que la religión ha sido introducida en el mundo. Primero llegó la religión del Poder, luego llegó la religión del Conocimiento y, por último, llegó la religión del Amor. ¿Por qué en este orden? Porque el amor sin las cualidades anteriores es peligroso. Pero esto no quiere decir que tal orden haya sido algo más que discreción: puesto que el poder solo, así como el conocimiento solo, son casi tan peligrosos como el amor solo. La perfección exige simultaneidad en vez de sucesión. Este orden no es sino una prueba de que, como la sucesión era imperativa (ya que el hombre está sujeto a la dimensión del Tiempo que es sucesión), era preferible comenzar con los dictadores menos peligrosos y dejar al Amor para el final. Cierta hombre prudente, al sentirse enamorado, se colgó del cuello una campanilla para advertir a las mujeres que era peligroso. Desgraciadamente lo tomaron demasiado en cuenta; y el hombre sufrió las consecuencias.

Hijos e hijas, mientras no tengáis sabiduría y poder equivalentes a vuestro amor, avergonzaos de confesar que estáis enamorados. O, puesto que no podéis ocultarlo, amad con humildad y estudiad el modo de llegar a ser sabios y fuertes. Sea vuestro objeto haceros merecedores de estar enamorados.

Todo amante verdadero es invulnerable a todos menos a su amada. Así ocurre no por deseo o esfuerzo, sino únicamente por el hecho del verdadero amor, es decir, del amor íntegro. No hay que superar la tentación: no se percibe. La invulnerabilidad es

mágica. Más aún, ocurre con mayor frecuencia de lo que se supone. Cuando la infidelidad se manifiesta, sacamos la conclusión de que la invulnerabilidad no existe. Pero la "infidelidad" no se debe necesariamente a la tentación, sino posiblemente y bastante a menudo a la indiferencia; sin tentación no hay Caída. Los hombres deberían aprender a distinguir, en sí mismos y en las mujeres, entre la invulnerabilidad real y la supuesta. Esta última, por muy elocuente que sea, se debe al miedo. Sólo la primera es fruto del amor. Otro hombre prudente, deseando - tal como lo desean en su corazón todo hombre y toda mujer - la invulnerabilidad en sí mismo y en la mujer que amaba, procedió de la siguiente manera: probó a muchas mujeres e instó a su amada a que probase a muchos hombres. Después de unos años, quedó convencido de que ya nada podía tentarlo. Ella, por su parte, nunca había tenido ninguna duda de sí misma desde el comienzo. Había nacido invulnerable; el hombre, en cambio, tuvo que alcanzar la invulnerabilidad.

El estado de enamoramiento no siempre se define en relación con un objeto único. Una persona tiene el talismán para elevar a otra al plano del amor (esto es, para cargarle a él o a ella con la energía natural del amor); pero puede resultar que él o ella no sea el único ser amado, o ni siquiera el amado. Entre la gente, al igual que entre las sustancias químicas, hay agentes catalizadores que posibilitan intercambios y combinaciones en los cuales los agentes mismos no intervienen. Con frecuencia, tales agentes no son reconocidos por las personas afectadas, y suele ocurrir que ni siquiera se reconocen a sí mismos. En el pueblo de Borna, cerca de Lhasa, vivía un hombre que era un agente catalizador de ese tipo. La gente que hablaba con él se enamoraba súbitamente, pero no de él, ni tampoco, por lo menos de inmediato, de nadie en particular. Sólo se daban cuenta que después de conversar con él, tenían un espíritu activo de amor dispuesto a volcarse al servicio del amor. Los trovadores europeos fueron, quizás, gente de esta indole.

No hay una relación necesaria entre el amor y los hijos, pero sí la hay entre el amor y la creación. El amor es para crear y, si crear no es posible, para procrear; y si aun esto no es posible, el amor es entonces para creaciones de las que, tal vez por fortuna, somos inconscientes. Aceptad en cualquier caso, como verdad fundamental sobre el Amor el hecho que siempre crea. El Amor creó el mundo: y no todas sus obras son bellas. La procreación es función particular del amor instintivo: éste es el plano en que se mueve. Pero por encima y por debajo de este plano, otros tipos de amor tienen otras funciones. El amor emocional es generalmente amor instintivo fuera de lugar; y, en consecuencia sus criaturas están *inadaptadas* en el mundo. Por otra parte, las formas superiores del amor, o excluyen la procreación - no artificial, sino naturalmente - o la incluyen sólo como subproducto. El propósito y la función del amor consciente no son las niños, a no ser que tomemos la palabra en el sentido místico de llegar a ser como niños pequeños, ya que, en síntesis, el objetivo del amor consciente es lograr un renacimiento o niñez espiritual. Cualquier persona con percepciones más allá de las del varón y de la hembra se dará cuenta del cambio que se produce en el hombre o en la mujer que ama, sea cual fuere su edad. Es casi siempre instintivo; sin embargo, simboliza el cambio aún más maravilloso que tiene lugar cuando el hombre o la mujer ama conscientemente o se sabe conscientemente amado. El joven en tales casos tiene todo el aire de la eternidad; y es, de hecho, el joven divino. La creación de ese niño espiritual en cada uno de los dos amantes es la función particular del amor consciente; y no depende ni del matrimonio ni de los hijos. Hay otras creaciones propias de grados de amor aun superiores; pero éstas deben esperar a que hayamos llegado

a ser como niños pequeños.

No somos uno, sino tres en uno; y este hecho está presente en nuestro conjunto fisiológico. Los tres sistemas principales - cerebral, nervioso e instintivo - existen uno junto al otro, a veces aparentando cooperar, pero casi siempre sin lograrlo y, por lo general con propósitos opuestos. En relación con el mundo exterior, la respuesta a un estímulo dado dependerá de que sistema esté en ese momento encargado del organismo. Si el sistema cerebral está de guardia -esto es, encargado temporalmente del organismo- la respuesta será una. Si el único despierto es el sistema nervioso o el instintivo, las respuestas serán diferentes. Tres personas totalmente diferentes existen en nosotros al mismo tiempo, cada una con sus propias ideas de cómo debería actuar su organismo; usualmente rehúsan cooperar entre sí y, de hecho, se obstaculizan mutuamente. Imaginaos que ese organismo, habitado por tres inquilinos pendencieros, se "enamora". ¿Qué se ha enamorado? o, más bien, ¿cuál de los tres? Rara vez sucede que los tres se enamoren al mismo tiempo o con el mismo objeto. Uno está enamorado, los otros no; o bien resisten, o bien, cuando el amante se descuida, hacen infiel a su organismo (llevando al pobre amante a mentiras y engaños o al autoreproche), o bien se ven forzados a someterse, apaleados hasta el asentimiento. En tales circunstancias, que cualquier lector objetivo reconocerá, ¿qué es un amante?

Uno se imagina casto porque se ha abstenido de relaciones sexuales; pero la continencia es tanto de los sentidos como de los órganos, y principalmente de los ojos. De cada uno de los sentidos fluye energía - energía tan variada como el hombre mismo. No sólo es posible sino es seguro que nos podemos gastar intelectual, emocional o sexualmente a través de cualquiera de los sentidos. Mirar con lujuria es mucho más que el simple mirar, es gastar una de las más finas substancias que componen el total de la energía sexual; algo irrecuperable se pierde en el acto de la visión; y por esta pérdida la vida sexual posterior es incompleta. Sucede lo mismo con los otros sentidos, aunque no sea tan fácil darse cuenta. En síntesis, es posible volverse completamente impotente por medio tan sólo de los sentidos - si, tan sólo por los ojos - mientras se permanece casto en el sentido ordinario de la palabra.

En algunas personas es natural la castidad de los sentidos, pero si ha de volverse común, la mayoría tiene que adquirirla. En la más grande civilización que hasta ahora haya conocido la historia de la humanidad, con su capital en la ciudad cuyos pobres restos son ahora Bagdad, se enseñaba la castidad de los sentidos desde la infancia. Se entrenaba cuidadosamente cada sentido; y se ideaba ejercicios para enseñar a los alumnos a distinguir entre las diferentes emanaciones de las percepciones sensorias motivadas intelectual, emocional, instintiva o eróticamente. Gracias a esta educación, la gente adquirió el poder de dirigir sus sentidos con el resultado de que la castidad era al menos posible, ya que estaba controlada. Por lo tanto, el erotismo llegó a ser un arte, en la más alta forma que ha existido en el mundo. En la literatura persa y sufí todavía hoy se puede encontrar un ligero eco.

Barbazul y la Belle Dame son respectivamente los tipos masculino y femenino de la misma psicología - inspiradores de una pasión sin esperanza por ser irrecompensable. Las damas decapitadas que colgaban alrededor de la habitación de Barbazul en realidad estaban colgadas alrededor de su cuello y para ser libres no tenían más que soltarse. De modo similar, los pálidos guerreros y príncipes de la cueva de la Bella Dama estaban allí

por propia elección, si es que se puede llamar elección a una atracción irresistible. La leyenda presenta a Barbazul y a la Bella Dama desde el punto de vista de las víctimas que escaparon, es decir, como monstruos que se deleitaban en sacrificios eróticos. Pero ambos eran tan víctimas como sus víctimas nominales; y ambos sufrieron tanto como ellas, y tal vez más. En tales casos de atracción descontrolada, el poder pasa a través del médium, quien se vuelve así enormemente magnético, y atrae a hombres y mujeres que están en relación de simpatía con él o con ella, como atrae el imán a las limaduras. Al comienzo, sin duda, las experiencias de un Barbazul o una Bella Dama son placenteras y refuerzan el orgullo y la vanidad. El otro sexo está a sus pies. Pero cuando al darse cuenta que el poder no es propio ni controlable, descubren que también ellos son víctimas, la primitiva satisfacción se paga cara. Para todos la cura es ardua. Consiste en la reeducación del cuerpo y de los sentidos.

El amor sin adivinación es elemental. Amar exige que el amante adivine los deseos de la amada, antes de que hayan llegado a la propia conciencia de ella. El amante conoce a la amada mejor de lo que ésta se conoce a sí misma; y la ama más de lo que ésta se ama a sí misma; de manera que la amada alcanza su ser perfecto sin esfuerzo consciente propio. Cuando el amor es mutuo, el esfuerzo consciente que ella hace es para él. Es así como cada cual, deleitosamente, obra la perfección en el otro.

Pero en la naturaleza, ordinariamente, no se alcanza este estado: es el fruto de un arte, de un autoentrenamiento. Todo el mundo lo desea, aun los más cínicos; pero como rara vez ocurre por azar, y nadie ha hecho pública la clave para lograrlo, la gran mayoría duda aún de su posibilidad. Sin embargo, es posible, a condición que las partes puedan aprender y enseñar humildemente. ¿Cómo comenzar? Que el amante piense, cuando va a ver a su amada, lo que debe aportar, hacer o decir, de modo que sea para ella una deliciosa sorpresa. Al comienzo probablemente no será una sorpresa completa: esto es, ella se habrá dado cuenta de su propio deseo, y estará tan sólo contenta de que su amante lo haya adivinado. Más tarde, la deliciosa sorpresa podrá realmente sorprenderla, y su comentario será: "¿Cómo sabías que esto iba a agradarme, si a mi misma nunca se me hubiera ocurrido?" Los esfuerzos constantes para prever los deseos nacientes del ser amado, mientras permanecen en la inconciencia, son los medios hacia el amor consciente.

Asir con firmeza; soltar con ligereza. Este es uno de los grandes secretos de la felicidad en el amor. Por cada tragedia de Romeo y Julieta fruto de las circunstancias externas de ambos protagonistas, mil tragedias surgen de las circunstancias creadas por los amantes mismos. Como rara vez conocen el momento o la forma de "asirse" el uno al otro, aún menos a menudo conocen la forma o el momento de soltarse. Las hondonadas del Monte Meru (es decir el Venusberg) están llenas de amantes que no pueden separarse. Cada cual quiere "soltarse", pero el otro no se lo permite. Hay varias explicaciones para este infeliz estado de cosas. En la mayoría de los casos el acercamiento ha sido equivocado: es decir, ambos se lanzaron a una unión sin pensar en la salida. A menudo los primeros cinco minutos del primer encuentro de los amantes son decisivos para todo el futuro de sus relaciones. En algunos casos la relación original es la que explica las dificultades en "soltarse": nunca debió haber ocurrido; o por lo menos no en las circunstancias precisas en que tuvo lugar. Las relaciones a destiempo siempre causan problemas. En otros casos la dificultad se debe a diferencias de edad, educación o "pasado". Uno teme "soltarse" porque

parece ser la última esperanza, o porque ya se ha perdido demasiado tiempo, o porque hasta ahora ha sido lo mejor, o porque el "ideal", creado por la educación, exige fidelidad eterna aun cuando ésta resulte imposible, pues ninguno de los dos la desea; o porque uno es ultrasensible a raíz de experiencias pasadas y no puede enfrentarse con otro fracaso, o porque estando la carne pronta, el espíritu es débil: es decir ninguno de los dos puede usar un cuchillo; o porque las circunstancias son desfavorables: es decir los dos tienen que seguir viéndose; o debido a la imaginación, como cuando uno de los dos visualiza la felicidad del otro en su ausencia. Hay mil explicaciones y cada una de ellas, bastando como causa, es completamente inadecuada como razón, ya que el hecho es, que cuando uno desea separarse, el deber del otro como amante es "soltar". El gran amor puede tanto soltar como asir.

Los celos son el dragón en el paraíso, el infierno del cielo y la más amarga de las emociones porque se asocia a la más dulce. Hay antídoto para los celos, a saber, el amor consciente; pero este remedio es más difícil de hallar que la enfermedad de soportar. Pero hay paliativos cuya primera condición terapéutica es el reconocimiento de la enfermedad y la segunda el deseo de curarse a sí mismo. En estas circunstancias dejad que el que sufre experimente deliberadamente. Mucho se le puede perdonar durante este proceso. Puede, por ejemplo, tratar de hacer progresar los nuevos planes de la que fue su amada, aunque esto es difícil sin una obvia hipocresía. O puede zambullirse en otro ambiente. O puede ocuparse en un nuevo trabajo que demande toda su energía. O puede embelesar su memoria y considerar a la que fue su amada como muerta, o como si ella se trocara en su hermana, o como si se hubiese ausentado en un largo viaje, o como si la hubieran hechizado. Sin embargo, es mejor si se "suelta" por completo sin arrastrar la esperanza de volver a encontrarla jamás.

Consolaos. Nuestra vida no es sino un solo día de nuestra Vida. ¡Si no hoy, mañana!
¡Soltad!

DE LA RELIGIÓN

Supongamos que una remota posteridad, no versada ni en la matemática ni en el aparato de investigación científica de nuestra época, heredase uno de nuestros manuales científicos. En él leerían, más bien descifrarían, afirmaciones tales como que la luz viaja a la velocidad de 300.000 kilómetros por segundo, que el sol se encuentra a 148.000.000 de kilómetros de la tierra y que la luz de la estrella más cercana demora entre cuatro y cinco años-luz en llegar a la tierra. ¿Qué podrían concluir de todo esto? Es probable que algunos de ellos sostendrían que sus antecesores tenían una facultad perdida para ellos y, en consecuencia, atribuirían un significado místico a los dogmas no verificables; quizás, hasta repetirían estos dogmas como posibles fórmulas mágicas. Pero no cabe duda que, en ausencia de medios de verificación o de cualquier concepto sobre tales medios, el mejor sentido común de esa época descartaría las afirmaciones considerándolas conjeturas infantiles o, a lo sumo, un abracadabra de salvajes. Sólo unos pocos sospecharían que tal vez no éramos tan tontos como parecíamos y aceptarían provisionalmente la posible existencia de un método detrás de nuestra locura. Pero aún así nuestro método mismo y los instrumentos que en él empleamos tendrían que seguir siendo objeto de búsqueda.

El cuadro anterior puede servir para ilustrar lo que quizás sea - digamos nada más que quizás - nuestra misma situación con respecto a la antigua "ciencia" de la religión. Hemos heredado unos cuantos de los textos que en una época circularon entre los iluminados de civilizaciones más o menos extintas. Encontramos en ellos afirmaciones de idéntica exactitud e incredulidad, sobre cosas de las que no tenemos conocimiento verificable, tales como que hay un Dios, Quien es una Trinidad de Personas, Quien creó el Universo conforme a la Razón y al Hombre a Su propia imagen, y Quien nos puso en el mundo con potencialidad de llegar a ser conscientemente semejantes a Él mismo. Entre nosotros, al igual que entre nuestros descendientes imaginarios, algunos están dispuestos a interpretar místicamente estas afirmaciones tradicionales, a repetirlas como fórmulas mágicas y a suponer que nuestros antepasados del antiguo Egipto, India, Persia y Siria poseían una facultad perdida, el llamado sentido religioso. En realidad, quienes así opinan son relativamente tan poderosos que su actitud hacia los dogmas heredados de la antigua religión sigue siendo la norma respetable. Sin embargo, el peso del sentido común se está dejando sentir de manera lenta pero segura; y no está lejano el día en que la inteligencia de nuestra civilización rehusará, explícitamente, interesarse en afirmaciones grandiosas que

aparentemente no son susceptibles de prueba. Sólo unos pocos, muy pocos, seguirán sospechando que quizá los Egipcios, los Budistas, los Pitagóricos y los Gnósticos eran gente muy parecida a nosotros en lo que se refiere a facultades y diferente sólo en la misma forma en que nosotros seremos distintos de una remota posteridad carente de nuestra ciencia; es decir, que eran dueños no de una facultad perdida, sino de un método o de una técnica perdida. Y también para estos pocos, el método o la técnica tiene que ser objeto de búsqueda o tal vez sólo de reconocimiento.

Supongamos que nosotros pertenecemos a estos pocos y que comenzamos, por lo menos aproximadamente, a definir las condiciones esenciales para nuestra esperanzada búsqueda de la técnica perdida. Obviamente, la primera condición es distinguir entre la Religión y las materias con las cuales ha estado asociada en el curso del tiempo. Al igual que con toda certeza nuestros descendientes, si tuviesen el interés necesario, concederían al menos a nuestra Ciencia la singularidad de preocuparse por algún campo definido de conocimiento posible o, quizás, imposible, y discriminarían entre nuestra Ciencia y nuestra Ética, entre nuestra Ciencia y nuestra Sociología, entre nuestra Ciencia y nuestras costumbres populares, podemos nosotros, sin duda alguna, comenzar de inmediato a distinguir en la religión tradicional de nuestros antecesores ciertas características singulares y peculiares a la materia. Verificables o no, aun inteligibles o no para nosotros, queda claro que las afirmaciones sobre la Religión contenidas en los textos sobrevivientes suponen ciertas generalizaciones específicas en cuanto al Mundo y al Hombre y, como causa o como efecto, ciertas actitudes específicas y obligaciones racionales impuestas al Hombre mismo. Aun aproximadamente, pueden ser expresadas como sigue: el Universo es un Cosmos inteligente y, por lo tanto, inteligible; la obligación y, al mismo tiempo, la más alta meta posible para el Hombre es comprender y cooperar con las leyes inteligentes que gobiernan el Cosmos; para lograr esto se necesita una técnica o un modo especial de vida; y esta técnica consiste primordialmente en un método de "divinización", es decir, de elevación del actual estado de ser del Hombre a un nivel más alto de conciencia. Tal como el tema ha llegado hasta nosotros, parece que todo lo esencial de una definición elemental de la Religión está incluido en este breve sumario. Por ejemplo, existe el elemento cosmológico que falta a nuestra Sociología y Ética. Más aun, la Cosmología difiere de la cosmología de nuestra ciencia ya que supone valores psicológicos universales; todo es Dios y, por lo tanto, inteligente, y potencialmente inteligible a la Razón. El hombre tiene un lugar único y designado y, por ello, una función en el esquema cosmológico. En otras palabras: por haber nacido, él entra en obligaciones. Al mismo tiempo, la conciencia de su lugar y función no es un regalo de la naturaleza: debe adquirirla por un esfuerzo especial y por un método especial. Finalmente, tanto su desarrollo como su mayor felicidad dependen de que descubra su función y de que la cumpla conscientemente.

Este esquema es tan impresionante como para desanimar al buscador racional de la razón de ser de la religión antigua. Sin prejuicios a favor o en contra de estos dogmas específicos de nuestros antepasados, pero dotados, sin embargo, de una benévola curiosidad sobre el posible método que entrañan, ¿cómo podemos siquiera comenzar nuestra búsqueda? En la ciencia moderna, o en cualquiera de sus ramas, hay sin duda poco que nos proporcione aunque sólo sea un indicio de un método de verificación. Nuestra ciencia ignora total e indiferentemente cualquier medio de saber si existe un Dios inteligente; y naturalmente, en consecuencia, todas las ramas menores del conocimiento que brotan del

mismo tronco, deben prescindir también de la hipótesis de la existencia de Dios. De igual modo, concepciones nuestras que operan en la actualidad, deben prescindir de las potencialidades aún no probadas como las que suponen las afirmaciones religiosas sobre la posible divinización consciente del Hombre por medio de la comprensión, el devenir y el servir. Lo que puede ser, puede igualmente no ser; y nuestra Ciencia se ocupa sólo de potencialidades actualizadas; no de la Realidad o de la Potencialidad metafísicamente hablando, sino de la Actualidad, es decir, de lo físico. No puede hacerse excepción alguna en el caso de la Filosofía o de la Psicología. Ambas son discípulas demasiado aplicadas de la escuela científica para resistir por mucho tiempo el pleno uso del método actual. Quedan, desde luego, en ambos campos fantasmas medioevales que especulan aquí y allí con la esperanza de encontrar pastizales para sus almas; pero con la creciente quimicalización de la psicología, todo lo que depende de procesos psicológicos, como por ejemplo la filosofía especulativa, perderá cada vez más su valor científico, por ser insuficientemente radical. Tarde o temprano la cuestión en torno a toda opinión filosófica o psicológica estribará no en su valor como afirmación objetiva, sino en su valor como un mero síntoma de química personal.

Sin guía segura en las tradiciones religiosas mismas y sin el menor destello de luz de la Ciencia moderna, nuestra búsqueda de la posible, o no imposible, técnica empleada por nuestros antecesores en la formulación de sus "dogmas", parece estar condenada, en el umbral del fracaso. Y racionalmente así debe ser. Si no podemos aceptar por fe las doctrinas e hipótesis específicamente asociadas con la Religión, ni podemos encontrar en la Ciencia moderna aunque sólo sea la sombra de un indicio que nos prometa su revelación, nuestro caso está perdido desde el comienzo. No nos queda otro remedio que reconciliarnos con la Ciencia de nuestros días y recordar la fe de nuestros antepasados sólo como un antiguo sueño. Por la misma razón, nuestros sueños del futuro deben igualmente ser guiados a través de las Rejas de Cuerno¹. Pues al admitir que no hemos descubierto, ni podemos comenzar a descubrir, la técnica de la religión tal como fue formulada por nuestros antecesores - cosa no del todo imposible - debemos negarnos la esperanza científica de descubrirla en el futuro. Si la Ciencia moderna no puede arrojar luz alguna sobre la Religión del pasado -es decir, Religión como ha sido definida anteriormente- tampoco puede prometernos una Religión en el futuro.

No puede cambiarse el campo de la Religión, quimérico o no, así como tampoco puede cambiarse el campo de ninguna otra parcela de la verdadera o supuesta Ciencia. La Religión al igual que la Ética o la Física es, por definición, lo que es y siempre será. Al negar el más mínimo interés en el problema de la técnica de la Religión, la Ciencia se declara a sí misma en quiebra de Religión para siempre.

Sin embargo, las cosas rara vez son tan negras como las pinta el racionalismo y, afortunadamente, los científicos no son siempre tan científicos como su ciencia. En resumen, hay escapatorias en nuestro atolladero; y una de las más prometedoras se encuentra en la psicología moderna, es decir, precisamente en la última conquista del

¹ Nota de los traductores: -Virgilio, La Eneida, VI-893: "Hay dos puertas al Sueño, de las cuales, de una se dice estar hecha de cuerno, a través de la cual los espíritus de la Verdad pasan fácilmente . . ." (Por la otra, de marfil, los dioses envían sueños falsos.)

método científico, el campo llamado "conductismo"². Es cierto que este método nuevo de psicología está aún en su etapa elemental, que todavía tenemos mucho que aprender y, desde luego, algunos descubrimientos sorprendentes que prever; pero el método que ha comenzado a reunir y verificar los datos de la psicología humana en su fuente, es decir en el comportamiento observable a partir de la primera infancia, está destinado con seguridad a tomar la ascendencia sobre los métodos pseudo-científicos de la introspección y del psicoanálisis. Para la Ciencia real, no hay sino un posible modo de abordar la psicología: el de la observación, verificación y experimentación. Cualquier otro criterio resulta medieval.

Sin embargo, la cuestión estriba en saber qué comportamiento, y de quién, es el que debemos observar; o en saber, sin prejuicio de cualquier otro campo, cuál sería la legitimidad de un campo de observación que, como hemos dicho, en principio parece prometer arrojar alguna luz sobre nuestra investigación acerca de una técnica de la Religión. De modo más explícito, ¿es la auto observación, junto con una excepcional secuencia del método científico - verificación, hipótesis, experimento y demostración - tan legítima como la observación de los demás? y si es así, ¿podemos idear un método para asegurar su rigurosa prosecución? ¿Somos nosotros mismos, como organismos de conducta, un tema válido para nuestra investigación científica, suponiendo, desde luego, que empleemos los mismos medios objetivos que emplearíamos en el caso de los demás? ¿Es el conocimiento de sí al menos tan científicamente posible como el conocimiento de cualquier otra cosa? No cabe duda de la respuesta; y el "conductismo" de hecho lo ha admitido. Si bien al comienzo la auto observación, como método científico de investigación de la psicología humana, padezca de incapacidades tanto adquiridas como naturales - como, por ejemplo, asociación con la introspección y la presencia de la ecuación personal en su forma más íntima - no cabe decir razonablemente que su pasado o su dificultad intrínseca sean suficientes para descalificarla. Lo único necesario sería estar doblemente en guardia contra la subjetividad, y ser lo más riguroso y objetivamente científico, en vista de las trampas que tienden la ilusión y el equívoco.

Es obvio, a simple vista, que la auto observación tiene por lo menos afinidad con el tema de la Religión. El interesarse en uno mismo después de Dios, es una característica de la Religión. Aún más, al examinarlo más de cerca, este interés en uno mismo en todo sentido resulta ser uno de los principales motivos y una de las suposiciones fundamentales de la Religión tal como ha llegado hasta nosotros. La insistencia de la terminología religiosa en la suerte y el destino del hombre, las esperanzas temerosas de su salvación, las especulaciones sobre la naturaleza del alma individual, las promesas de divinización, todas indican un interés en sí mismo, que no sólo es instintivo, sino visceral y cerebral. En Religión, el individuo está poderosamente interesado en sí mismo, pero en sí mismo en toda forma posible y aún imposible. Todo lo que hace -incluyendo no sólo sus actos, sino sus pensamientos y sentimientos- puede ser profundamente significativo; y, desde el punto de vista de la Religión, se sostiene que es significativo, al menos en potencia. Se presupone que una de las condiciones reales de la vida religiosa es la conciencia de sí mismo y el interés de sí, en el más alto grado posible.

² Nota de los traductores: --Conductismo, Behaviorism: sistema que sostiene que la psicología debe fundarse exclusivamente en el análisis de los actos objetivamente observables.

Por lo tanto, podemos llegar a la conclusión de que la percepción de sí o, digamos, la conciencia de sí, no es ni el único ni el principal propósito de la Religión, tal como está formulada en nuestros textos; pero por lo menos es un requisito previo implícito en el propósito principal que parece ser comprender y servir al Creador, Dios. Todos los mandamientos y exhortaciones al servicio de Dios implican ya el conocimiento de los medios para responder y la capacidad para controlarlos; y puesto que, en última instancia, todas nuestras respuestas no son sino formas de nuestro comportamiento actual, el conocer nuestro comportamiento es una condición necesaria para su control, suponiendo de momento que tal control resulte posible. Conocernos a nosotros mismos como realmente somos - es decir, en nuestro comportamiento real del momento - puede no ser, y no es, el objetivo de la Religión; pero constituye sin duda alguna un paso necesario hacia la Religión, y hasta parecería ser el primero. ¿Cómo se puede servir a Dios si se ignora el real comportamiento del servidor? El servicio consciente implica no sólo el conocimiento del Ser que ha de ser servido, sino también el conocimiento de sí. En síntesis, la conciencia de sí o el darnos cuenta de nuestra realidad, es un elemento indispensable en la Religión estrictamente definida.

¿Cómo hicieron nuestros antepasados, fundadores y practicantes de la Religión, para alcanzar el conocimiento de sí? La respuesta a esta pregunta arrojaría el primer rayo de luz real sobre la naturaleza de la técnica religiosa. Pero, desgraciadamente, la respuesta se hace esperar, o sólo se presenta en dichos tan ocultos que requieren una clave que no tenemos. Se habla de escuelas donde enseñaban los "Misterios", de largos cursos de iniciación, de ejercicios difíciles de varias clases, de Maestros y discípulos. Y en los textos que aún perduran podemos distinguir palabras y frases con el aroma de una connotación exacta pero incomprensible. No podemos conjeturar cuántas palabras, que hoy se toman como religiosas, tenían anteriormente un significado psicológico puramente técnico; pero a no ser que atribuyamos a nuestros antecesores un sentido religioso místico, es muy probable que tan sólo el tiempo sea responsable de sus actuales acepciones "piadosas". En suma, si el objetivo preliminar de las antiguas Escuelas Religiosas era la preparación de hombres y mujeres ordinarios para la vida extraordinaria de cooperación consciente con el Creador, los medios empleados para cumplir el requisito previo del conocimiento de sí deben de haber sido cualquier cosa menos lo que hoy día llamamos medios religiosos. Por el contrario, deben de haber sido, primero y sobre todo, prácticos y, con toda probabilidad, el vocabulario de la técnica fue escogido de la ciencia popular de la época.

Se ha sugerido que en las actuales teorías del "conductismo", la Religión antigua y la Ciencia moderna se reúnen. Sin embargo, añadamos que sólo se reúnen, pero no llegan a combinarse. Empero, con el léxico del "conductismo" es con el que mejor puede formularse la técnica de la auto observación; y sea el resultado de la técnica el redescubrimiento y la confirmación de los dogmas antiguos, o su descarte como supersticiones, cabe decir en cualquier caso que el nuevo campo y método de investigación psicológica es prometedor. En efecto, ¿qué puede demandar con mayor claridad un riguroso auto examen que los instrumentos mismos de que dependen todas nuestras observaciones del resto del mundo? Al observar la conducta de otros, el "conductismo" está todavía a dos grados del objeto más cercano a él; y, por lo tanto, el resultado es infaliblemente una aproximación cada vez mayor a la física y, a fin, de cuentas, a la completa eliminación de la psicología. La auto

observación corrige automáticamente el error fatal de botar de la tina al niño con el agua. Al observar, por muy objetivamente que sea, mi propia conducta, no sufro la tentación de olvidar las sensaciones, emociones y pensamientos concomitantes. No puedo pasar por alto o subestimar el elemento psicológico, cuando éste se impone dentro del fenómeno mismo que estoy presenciando. Y la conservación de mi conciencia de este concomitante de muchas formas de mi conducta, me da un grado de comprensión más elevado cuando me dedico a la observación de los otros. Una vez comprendido esto, cabe tomar de inmediato la técnica del "conductismo" y aplicarla sin cambio alguno a nuestro campo. Podemos aceptar su clasificación de formas de comportamiento, conjuntamente, si es necesario, con sus medios para medir al Hombre. Ninguna de sus implicaciones, aun en la forma extrema de mecanismo orgánico, nos es totalmente ajena. Si la auto observación fuera el próximo paso en el "conductismo" científico - y lógicamente así parece serlo - su segundo paso puede muy bien llegar a ser el primero en la técnica de la Religión.

Sin embargo, es necesario hacer una advertencia. De primera intención, la observación atenta e imparcial del propio comportamiento podría parecer tan fácil como la observación del comportamiento de los demás. Sin embargo, la experiencia habitual del auto observador curioso dista mucho de ser así. De hecho, desde el comienzo mismo de la recolección de esos datos sobre el comportamiento actual propio, el camino está plagado de dificultades de una clase desconocida hasta entonces. Casi parecería que la naturaleza resiente el intento de observarla en uno mismo; tan poderosa y al mismo tiempo tan sutil es la resistencia que se suele experimentar. Es posible que fuera este mismo descubrimiento lo que condujo a la formulación de los dogmas de la Religión antigua. ¡Habían tratado de conocerse, Naturaleza y Dios, cara a cara!

¿QUÉ ES EL ALMA?

-Últimamente el *New Age* ha sido reprendido gentilmente por usar las palabras "Dios" y "Alma" como si estuvieran cargadas de un significado definido.

-Sí, y si hubieran logrado convencerme de nuestro error, yo habría aceptado el argumento.

-Bueno, ¿cuál era éste?

-Era que estos términos tienen todavía tanto poder teológico supersticioso que por el momento es peligroso emplearlos en público. La opinión pública debe pasar por el purgatorio del ateísmo y del materialismo, antes de estar dispuesta para una metafísica sin teología. Pero mi respuesta era que no podía considerarse al *New Age* como un órgano de la opinión pública de hoy, sino de la opinión pública de mañana. En efecto, nuestros lectores han cruzado el Mar Rojo del materialismo y el Jordán del ateísmo. En consecuencia, podemos emplear sin peligro los términos tradicionales antiguos con una significación purificada. Podemos hablar de los "gremios" de la edad media sin despertar las malignas asociaciones de la palabra, e igualmente podemos usar los términos "Dios" y "alma" sin superstición.

-Pero ¿son definidas las significaciones que se les asignan a estos términos?

-Ahora lo son, aunque, por supuesto, no ha sido así durante muchos siglos. La última persona que empleó en Europa las palabras "Dios" y "alma" como términos exactos fue probablemente Tomás de Aquino. ¡Después de él, el diluvio! Estoy convencido de que Lutero no tenía un concepto más exacto de lo que quería decir por "Dios" que el que tenía el General Booth. Los dos eran, secretamente, antropomórficos. Observará que éstos son los deístas relativamente clásicos: quiero decir que insistían en una imagen clara. Por otra parte, los demás creyentes eran demasiado refinados para considerar a Dios como un hombre y demasiado no-metafísicos para considerarlo claramente como una idea. En consecuencia, erraban en la neblina, y veían a Dios y al alma como fuegos fatuos o volutas de humo y, por último, como absolutamente nada. Para ellos Dios y el alma habían dejado de tener la más mínima existencia real: las palabras estaban vacías. Pero creo que ahora hemos vuelto a la posibilidad de una definición: una definición que defina verdaderamente. Por ejemplo, no hay nada vago en la definición de "Dios" como la "causa del ordenamiento original de la materia". Podrá Ud. decir, si así lo desea, que no hay nada necesariamente cómodo en esto, nada esencialmente beneficioso, nada, en efecto, de lo que por tradición se asocia con el Dios teológico. Para mí, por el contrario, todo está en el ordenamiento original de la materia, con excepción de una sola cosa: el "alma".

-¿Y su definición del alma, si mal no recuerdo, es la conciencia, o aquello que llega a percatarse de la manifestación del ordenamiento de la materia?

-Sí, es cierto; pero verá Ud. la dificultad de obtener un concepto claro de aquello, ya que somos eso nosotros mismos. El alma no puede conocerse a sí misma, puesto que no puede ser simultáneamente sujeto y objeto de conocimiento. Pedirle al alma que sea el objeto de su propio conocimiento es como pedirle a un hombre que se ponga en pie sobre sus propios hombros, o a un pájaro que vuele sobre sí mismo. El que conoce siempre permanece desconocido para sí mismo.

-¡Pero, entonces, el alma debe permanecer siempre desconocida!

-De ninguna manera. En primer lugar, hay una forma de conocimiento que no requiere de un sujeto y de un objeto. Es un conocimiento directo. Lo que ordinariamente llamamos conocimiento es la suma de nuestras deducciones provenientes de impresiones sensorias; esto es, se deriva no directamente, sino indirectamente, a través de una cadena de impresión y deducción. Pero hay otro medio de conocimiento que prescinde de uno o más o, al final, de todos los intermediarios. La intuición, por ejemplo, prescinde de uno de los pasos ordinarios; el genio prescinde de dos; pero lo que los santos llamaban iluminación, prescinde de todos. En segundo lugar, así como no podemos mirar directamente al sol, pero podemos contemplar su reflejo en el agua, o aun en la luna, así, creo yo, se refleja el alma en la mente, y puede ser conocida por su intermedio, aunque, por supuesto, sólo parcialmente. Por lo menos, es evidente que hay más en la mente de lo que la impresión sensoria ha puesto allí.

-¿Qué, por ejemplo?

-Bueno, sin agitar el polémico fantasma del origen de la razón (que, dicho sea de paso, no puedo considerar, según hacen los psicólogos actuales, resultado evolucionario del instinto), indicaré aquello que, en mi opinión, debe la mente a la resplandeciente

proximidad del alma. El deseo y la esperanza de inmortalidad son, por supuesto, indiscutibles. Ningún animal los posee. Por otro lado, se ha argumentado que la esperanza de inmortalidad que abriga la mente humana es un simple contrapeso del preconocimiento humano de la mortalidad, preconocimiento que tampoco poseen los animales. Pero creo que este deseo de inmortalidad está tan entretelado con otras cualidades y poderes de la mente que es imposible considerarlo un simple contrapeso de nuestro preconocimiento de la muerte física. Por el contrario, todas las cualidades nobles que distinguen a la raza humana derivan de la creencia en la inmortalidad del alma.

-Pero aunque este fuera el caso, la verdad de la inmortalidad no se habría establecido; ¿no es cierto?

-De acuerdo; pero recuerde que lo que estamos buscando ahora es un reflejo en la mente de la naturaleza del alma. No estamos pidiendo una concepción intelectual susceptible de una demostración racional. Desde un punto de vista racional, la verdad de la inmortalidad sólo puede establecerse por medio de impresiones sensorias; y puesto que por el momento esto es inadmisibile, la inmortalidad es racionalmente indemostrable. Por otro lado, tenemos que explicar la presencia de esta creencia en la mente. Valgámonos de un viejo símil: si de repente un cristal puro parece rojo, deducimos que se le ha puesto cerca un objeto rojo que ha quedado reflejado en él. Análogamente, si una creencia aparece en la mente sin ningún origen perceptible ¿no es cierto que podemos inferir que se debe a la proximidad de un objeto no perceptible? Sostengo que el reflejo del alma en la mente despertó en ésta una creencia de la inmortalidad -creencia que no está basada en la razón y que no se deriva de impresiones sensorias pero que de todas maneras es una creencia.

-Sin embargo, muchas veces no hay tal creencia en la mente. ¿Debemos concluir que, salvo que la creencia en la inmortalidad exista en la mente, el alma del hombre está muy distante o completamente ausente?

-No tenemos que llegar necesariamente a esa conclusión, creo yo. En la mente puede existir muchísimo más de lo que sueña la conciencia articulada. La suma de nuestras creencias formuladas puede ser, y generalmente es, mucho menor que la suma de las creencias en que nos basamos habitualmente para actuar. Aún más, en muchas ocasiones negamos con palabras lo que nuestras acciones prueban que en efecto creemos. Y esto, quizá, explique la conducta noble de ateos y materialistas declarados y la innoble conducta de muchos que se profesan creyentes en la inmortalidad del alma.

-Entonces, en realidad, ¿no da Ud. mucha importancia a la creencia?

-No a las creencias generalmente expresadas. El credo verbal de un hombre puede no tener ninguna relación real con el credo que lo hace actuar. Es muy rara la mente que cree lo que hace y que hace la que realmente cree. Pero sólo en una mente tal, se unifican realmente el pensamiento, sentimiento y acción.

-Admitiendo entonces que por lo general no se puede confiar en el informe de la mente, ¿qué pruebas hay de que el alma en realidad opere sobre o a través de la mente? Si la mente no se da cuenta necesariamente de ello, ¿cómo puede uno darse cuenta?

-He dicho que hay dos maneras: la primera es directamente y la segunda por una especie de inducción. Al alma le es posible, creo yo, conocerse por un acto directo, que por el momento podemos llamar constatación. Pero también es posible descubrir el alma y aun comprender su naturaleza examinando sus efectos sobre la mente. Debemos preguntarnos qué cualidades existen en la mente que parecen tener un origen no sensorio; y, en segundo lugar, podemos inferir de esas cualidades, la naturaleza del poder o alma que allí las produce.

CONVERSACIONES CON KATHERINE MANSFIELD EN FONTAINEBLEU

Todo el mundo sabe que Katherine Mansfield pasó sus últimos días en el Instituto Gurdjieff en Fontainebleau, y las cartas y el diario que su marido, Mr. Middleton Murry, acaba de publicar, atestiguan con amplitud el valor que ella dio, tanto al Instituto como al sistema de entrenamiento empleado allí. Se han hecho muchas preguntas sobre el provecho especial que Katherine Mansfield esperaba sacar de todo esto, además de la salud. ¿Había agotado su impulso de escribir? Aun estaba llena de planes y esbozos para cuentos futuros,

y hasta para una o dos novelas. ¿Estaba ella insatisfecha de su técnica, y esperaba mejorarla bajo un método especial de entrenamiento? Siempre estuvo insatisfecha y siempre iba mejorándose. Desde la edad de veintiún años, cuando me mostró su primer cuento que publiqué en el *New Age*, hasta su muerte a los treinta y tres años, cuando pensaba escribir de nuevo después de unos meses de descanso, trabajó como trabajan pocos escritores para desarrollar y perfeccionar su estilo, con el angustiado convencimiento de que hasta ese momento era simplemente embrionario.

Unos meses antes de ingresar en el Instituto de Fontainebleau, me confesó que no podía leer ninguno de los cuentos que había escrito sin sentir desprecio hacia sí misma. "No hay ni uno," dijo, "que me atreva a mostrar a Dios." Por lo tanto, no había necesidad del Instituto para intensificar su deseo de perfeccionar su técnica; y, en efecto, el Instituto no era una escuela de arte literario, ni tenía ella ilusión alguna de que allí pudiesen enseñar a escribir. La verdadera razón, la única que llevó a Katherine Mansfield al Instituto Gurdjieff, no fue tanto la insatisfacción de su técnica, como la insatisfacción de sí misma; no tanto la de sus cuentos, como la de la actitud hacia la vida implícita en ellos; no tanto la de la literatura propia y de la contemporánea como la de la literatura misma.

Tuve muchas conversaciones con ella sobre este tema durante los años de nuestra amistad y, en particular, durante los meses que precedieron a su muerte. En estas ocasiones fue aun más explícita que en sus cartas y en su diario. Solía decir, "Supongamos que lograra escribir tan bien como Shakespeare. Sería encantador, y ¿luego qué? Algo le falta al arte literario, aun en su forma más alta. ¡La literatura no basta!"

"La mejor literatura," me dijo en una ocasión, "es sólo mera literatura, si no tiene un propósito conmensurable con su propio arte. La presencia o ausencia de propósito distingue la literatura de una mera literatura, y la calidad del propósito distingue la literatura dentro de la literatura. Lo que no tiene otro objeto que el de agradar, es meramente literario. La literatura menor tiene un objetivo didáctico. Pero la más grande de todas las literaturas -la que casi no existe- no tiene solamente un objetivo estético, ni sólo un objetivo didáctico, sino, además, un objetivo creador: el de exponer al lector a una experiencia real y a la vez iluminadora. La gran literatura, en suma, es una iniciación en la verdad."

"Pero ¿dónde estamos en este aspecto?" pregunté. "¿Dónde hay un escritor que tenga las claves de la iniciación?"

Esta fue la introducción de Katherine Mansfield al Instituto Gurdjieff, y el objeto de su viaje allí. Porque se dio cuenta de que lo que necesita crítica, corrección y perfección no es tanto el escribir en cuanto escribir, como la mente, el carácter y la personalidad del escritor. Uno debe llegar a ser más, para escribir mejor. Esto no excluye, desde luego, la posibilidad de un gran mejoramiento en la técnica sin ayuda de ningún sistema de entrenamiento personal. Por otro lado, cuando, como en el caso de Katherine Mansfield, el mejoramiento de su propia técnica por medios ordinarios ha dejado de ser posible, o ha caído bajo la ley del rendimiento decreciente (produciendo un resultado demasiado pequeño para el esfuerzo invertido), llega a ser imperativa la adopción de un medio completamente nuevo, tal como un autoentrenamiento especial, si el deseo de perfección todavía está tan activo como lo estaba en ella.

Veía a Katherine Mansfield casi todos los días en el Instituto, y conversábamos largamente. Durante meses estuvo muy contenta de no escribir, y aun de no leer. Tuvimos una sorpresa común al comparar nuestra actitud del momento hacia la literatura, con la manía que ambos habíamos experimentado por muchos años. "¿Qué nos pasa?" preguntaba ella con picardía, "¿Estamos muertos? o ¿nuestro amor por la literatura era una afectación, que ha caído como una máscara?" Por otro lado, de vez en cuando experimentaba un retorno al viejo entusiasmo. Comenzaba un cuento y me confiaba que estaba hasta gozando de la excitación de volver a escribir. Al día siguiente, lo había roto, muy alegremente, y con un mohín de humor. ¡Un parto prematuro! Creo que tenía un contrato para escribir cierto número de cuentos para uno u otro editor, y muchas veces habló de ello como de una obligación. Pero mayor aun que su deseo de cumplir su compromiso con los editores era su resolución de no escribir cuentos en el viejo estilo. Sus nuevos cuentos tenían que ser diferentes - hasta qué punto diferentes, sólo ella lo sabía en realidad; además, lo guardaba para sí, sin confiárselo ni siquiera a su diario ni a sus cartas más íntimas. Fue, en efecto, una idea sobre la que había que ponderar y no escribir; una idea que surgía lentamente dentro de un nuevo estado de ser y de comprender; una idea, por lo tanto, inexpresable en palabras hasta el final de su metamorfosis interior. En vano leí su diario buscando un rastro verdadero de la nueva idea que había comenzado a nacer en Katherine Mansfield. Alude repetidamente a nuevos cuentos, pero nunca a la nueva actitud que debía estar implícita y manifiesta en ellos. Escribiría, como antes, con todas sus viejas cualidades vivificadas e iluminadas; seguiría valiéndose de su observación maravillosamente microscópica de hombres y mujeres. Pero su actitud tenía que haber sufrido un cambio. En una palabra, tendría un nuevo propósito al escribir: propósito no solamente de agrandar e instruir, sino de iniciar y crear.

Un día, poco antes de su muerte, me mandó llamar a su cuarto; tenía algo muy importante que decirme. Cuando llegué, estaba muy animada. Su rostro brillaba como si hubiera estado en lo alto del Sinaí.

"¿Qué pasa, Katherine?" le pregunté. "¿Por qué estás tan feliz?"

"He encontrado mi idea," dijo. "Al fin la tengo. Surgió, por supuesto, de una experiencia personal. Katya ha sentido algo que nunca había sentido, y Katya comprende algo que nunca comprendió antes."

No puedo recordar las palabras exactas con las que procedió a exponer su nueva idea, o, más bien, su nueva actitud hacia la vida y la literatura. Más aún, la bosquejaba con ayuda de silencios durante los cuales pensé tan intensamente como ella en el asunto; y de estos silencios salía ella con una nueva sugerencia o una mejor formulación de una opinión previa. Sólo puedo recordar fragmentos, y la impresión final en su mente. En síntesis, la conclusión era ésta: conferir a las virtudes corrientes la misma atracción que ordinariamente se otorga a los vicios: representar al bien como lo ocurrente, lo aventurado, lo romántico, lo alegre, lo seductor; y al mal como lo insípido, lo aburrido, lo convencional, lo solemne y lo poco atractivo.

"He sido incapaz de pensar," dijo, "que no debería haber hecho las observaciones de la gente que sí he hecho, por más crueles que parezcan. Después de todo, sí he observado

aquellas cosas, y tenía que registrarlas. He sido una cámara fotográfica. Pero justamente el problema es que he sido una cámara fotográfica selectiva, y es mi actitud la que ha determinado la selección; con el resultado de que mis tajadas de vida han sido parciales, engañosas y un tanto maliciosas. Más aún, no han tenido otro propósito que el de registrar mi actitud, que, a su vez, requería un cambio para tornarse activa en vez de pasiva. En resumidas cuentas, he sido no sólo una mera cámara fotográfica, sino una cámara selectiva, y más aún, una cámara selectiva sin un principio creador. Y, como todo lo inconsciente, el resultado ha sido nocivo."

"¿Cuál es, pues, tu nuevo plan?"

"Primero, ensanchar el alcance de mi cámara fotográfica, y luego emplearla para un propósito consciente: representar la vida no tan sólo como aparece ante cierta actitud, sino como se muestra ante otra actitud diferente, una actitud creadora."

"¿Qué quieres decir con lo de una actitud creadora?" le pregunté.

"Debes ayudarme, Orage, si no doy con las palabras," dijo. "Pero quiero decir algo así: se puede hacer que la vida parezca cualquier cosa, al presentar sólo un aspecto de ella; y toda actitud nuestra, quiero decir todo estado de ánimo, ve solamente un aspecto. Suponiendo que esta actitud es más o menos permanente en un escritor dado, y no susceptible de ser cambiada por su propia voluntad, éste está obligado a presentar tan sólo el correspondiente aspecto de la vida y, al mismo tiempo, a no hacer más que presentarlo. Es la víctima pasiva de la visión parcial que le ha sido impuesta, y ésta, a su vez, está desprovista de toda calidad dinámica. Tales reflejos de la vida tienen el efecto de reflejos de objetos reales en un espejo, esto es, ninguno en absoluto."

"¿Tu idea es, entonces, influir en la vida en lugar de limitarte a reflejarla?"

"Oh, eso sería muy grande," replicó. "No debes reírte de mí. Ayúdame a expresarme."

Prosiguió con sugerencias ocasionales de palabras, y finalmente completó el esbozo de su nueva actitud. "Hay en la vida tantos aspectos como actitudes hacia ella; y los aspectos cambian con las actitudes. Por lo general, en la actualidad vemos la vida sólo bajo un aspecto pasivo, porque la enfocamos únicamente con una actitud pasiva. Si pudiésemos cambiar nuestra actitud, no sólo la veríamos en forma diferente, sino que la vida misma llegaría a ser diferente. La vida sufriría un cambio de aspecto porque nosotros mismos habríamos experimentado un cambio de actitud. Por ejemplo, me doy cuenta de un cambio reciente de actitud en mí misma: y, al instante, no sólo mis viejos cuentos me parecen diferentes, sino que la vida misma se muestra diferente. No podría escribir de nuevo mis viejos cuentos, ni nada semejante; y no porque no siga viendo los mismos detalles que antes, sino porque de una manera u otra el patrón es diferente. Los viejos detalles forman ahora un nuevo patrón; y esta percepción de un nuevo patrón es lo que llamo una actitud creadora hacia la vida."

“¿Quieres decir,” dije, “que mientras los detalles de la vida - las formas, colores, sonidos, etc.- siguen siendo los mismos, el patrón bajo el cual los acomodas es ahora diferente, debido a tu cambio de actitud? Anteriormente, por ejemplo, por encontrarte en un estado de ánimo, digamos de resentimiento, ¿seleccionabas y presentabas tus observaciones de la vida bajo el patrón, por así decirlo, de una cruz de sufrimiento divertido? Tu actitud de ahora, por ser creadora, y no como el simple resentimiento producto de una reacción; acomoda estos mismos detalles pero, ¿bajo un patrón diferente, en uno que representa, digamos, el descenso de la cruz?”

“Quisiera poder atreverme a decir la mitad de esto,” dijo Katherine Mansfield, “pero realmente mi idea es mucho más pequeña. O quizá no tanto, si me pongo a pensarlo. ¿Crees que es muy presuntuoso de mi parte?”

Le aseguré que no, y ella prosiguió:

“Un artista no comunica su visión del mundo, sino la actitud que produce su visión; no su sueño, sino su estado de sueño; y así como su actitud es pasiva, negativa e indiferente, así refuerza en sus lectores el correspondiente estado de ánimo. Ahora bien, la mayoría de los escritores son meramente pasivos; de hecho, sólo se proponen representar la vida, como se dice, con la consecuencia de que la mayoría de sus lectores se vuelven aún más pasivos, más en el papel de espectadores, y como resultado tenemos un mundo cada vez más poblado de mirones que atisban a un número cada vez menor de Lady Godivas. Lo que estoy tratando de decir es que una nueva actitud de parte de los escritores hacia la vida la vería primero de manera diferente y luego la convertiría en algo diferente.”

“¿Has llegado a alguna conclusión práctica acerca de escribir cuentos?”, pregunté. “¿Ves la posibilidad de un nuevo tipo de cuento? ¿Cómo crees que resultaría en la práctica tu nueva idea?”

Katherine Mansfield me mostró algunos fragmentos de cuentos que había comenzado y luego hecho trizas.

“He comenzado muchas veces,” dijo, “pero parece que todavía no estoy lista. Sin embargo, la idea es suficientemente clara y la llevaré a cabo algún día. He aquí un ejemplo: no diré que se trate de uno que voy a escribir realmente, pero podrá servir de ilustración. Dos personas se enamoran y se casan. Una, o quizás las dos, han tenido con terceros relaciones anteriores, cuyos rezagos aún subsisten, como fantasmas, en el nuevo hogar. Ambos quieren olvidar, pero los fantasmas siguen deambulando. ¿Cómo puede presentarse esta situación? De ordinario un escritor como la llorada Katherine Mansfield llevaría a la situación su actitud pasiva, selectiva y de resentimiento, y el resultado sería uno de sus famosos esbozos satíricos, reforzando en sus lectores su propia actitud. O, quizás, algún didáctico expondría la situación, presentándonos un sermón sobre la importancia del sacrificio. Otros lo tratarían patética, solemne, psicológica, melodramática o humorísticamente, cada uno según su propia actitud pasiva, o su estado de ánimo normal.”

“Pero yo debería representarla tal como mi actitud presente la ve, como una aventura común de exorcismo de fantasmas. Gracias a algún cambio en mí desde que estoy

aquí, veo una tal situación como una oportunidad para el ejercicio y el empleo de la inteligencia, invención, imaginación, coraje, resistencia y, en suma, de todas las virtudes del héroe y heroína más atractivos. Piensa en la sutileza requerida de parte de ambos para mantener un estado mutuo de amor que ambos, natural y sinceramente, desean conservar, como por supuesto lo desea todo el mundo. Piensa como tratarían de derribar los fantasmas, el uno en el otro, y en sí mismos. Imagínalos compitiendo juntos por el laurel divino y haciendo un arte de vivir y de amar. Puedo ver un campo tan grande para sutilezas de observación que hasta Henry James podría parecer miope. Al mismo tiempo, ninguna calidad tendría que quedar forzosamente inutilizada; al contrario, podrían ponerse en juego todos los poderes del artista."

"¿No acabaría todo, por fuerza, en un final feliz?" pregunté.

"De ningún modo. El problema podría resultar ser demasiado grande. A los héroes y a las heroínas no se les mide por lo que soportan pasivamente, o por lo que de hecho alcanzan, sino por la cantidad y la calidad del esfuerzo que acometen. La simpatía del lector se mantendría gracias a la continuidad y variedad de los esfuerzos de uno o ambos de los personajes, por su indomable renovar la lucha con inventiva siempre fresca. Generalmente los recursos de nuestros 'héroes' flaquean; se enfurruñan luego de su primer fracaso, o simplemente repiten las tácticas que ya han fracasado. Y se nos pide que admiremos su resistencia o simpaticemos con su sufrimiento o nos riamos de su ineptitud. Quiero que la risa esté del lado de los héroes. Que se anticipen al espectador pasivo y que actúen como si la solución del problema dependiese sólo de ellos. Tal, en rasgos generales, es mi nueva idea."

"¿Y con esto realmente ves la manera de escribir cuentos?"

"La veo, pero es un camino que aún tengo que recorrer."

Unas semanas después Katherine Mansfield había muerto. La vi pocas horas antes de su muerte, y todavía se encontraba radiante en su nueva actitud.

AFORISMOS

El propósito del método Gurdjieff es formar hombres, no "hombres" entre comillas. El genio monstruoso está excluido.

Belcebú: el hombre realizado, el hombre objetivo ideal. Su función ha cesado. Tiene ya una crítica. Ha rendido sus conclusiones sin prejuicios, imparcial y constructivamente, pasándolas a Hasein.

Hijos de Dios: aquellos que comprenden y cooperan conscientemente.

El hombre normal es aquel que no sólo ha actualizado sus potencialidades sino que también se ha liberado de su subjetividad.

El verdadero hombre es aquel que comprende por qué vive, para qué sirve su cuerpo y qué es lo que él debe hacer.

El verdadero hombre es aquel que en cualquier circunstancia, es capaz de desempeñar, a discreción, el papel razonable.

Pensad en el hombre "ladino"; trata de estar consciente en todo momento.

El hombre ordinario está a merced de su organismo: de su centro instintivo (impresiones recibidas por los sentidos, de apetitos, inercia, enfermedad); de sus emociones (asociaciones relacionadas con personas y lugares del pasado y del presente, gustos y disgustos, miedo y ansiedad) ; de su mente (imaginación, soñar despierto, sugestibilidad) .

El hombre cree que tiene voluntad: ésta es su ilusión.

Si el hombre fuese realmente el heredero de todos los tiempos estaría sobre los hombros de sus antecesores.

Ha sido dicho una y otra vez: el hombre es como la luna: se alimenta de impresiones y excreta comportamiento.

Puede ser que el hombre degenere, como las hormigas y las abejas, antes de llegar a su extinción.

El valor de un ser se define según el grado de objetividad alcanzado por él en Fe, Esperanza y Caridad.

La escala objetiva de los seres corresponde a su desarrollo interior. En la vida se respeta a la gente por su anormalidad, no por su desarrollo interior o por su grado de razón objetiva.

El ser tiene que ver con el centro emocional y depende del saber y del hacer. Es el resultado de la lucha entre lo que afirma y lo que niega. "Un ser es aquel que siente" y, por tanto, debe ser calificado por la gama e intensidad de su sentimiento. Cualquier intento de alcanzar un ser superior directamente lleva a un estado psicopático.

Los seres son diferentes según su *potencialidad* de conciencia.

La ventaja de la terrible desventaja de ser humano es la capacidad de estar alegre -siendo feliz o infeliz- y, al lograr conciencia, de llegar a ser más grande que los ángeles. Al volvernos seres conscientes, somos la mente de Dios; los ángeles son sus emociones.

El patrimonio de todo ser humano es el deseo de tener conciencia de sí, que debería aparecer al alcanzar la mayoría de edad. Más o menos a los 30 años debería surgir un sentimiento del mundo en el que vivimos, el amanecer de la conciencia cósmica. Luego según sus dotes, condiciones, circunstancias, etc., uno debería convertirse en agente consciente en las funciones del cosmos, que es una estructura total de la cual habríamos de tener una relativa comprensión.

Llegar a ser implica el ascenso a un orden de ser más elevado.

El universo como ser consciente es la tercera dimensión del tiempo.

Entre el absoluto positivo y el absoluto negativo -Ser y No-ser- está la escala de la existencia, sobre la cual la evolución y la involución suben y bajan. Todo tiene su lugar en esta escala: el hombre está en el tercer lugar a partir de lo más alto, el metal en el más bajo.

* * *

El ser humano es el que trabaja con tres centros; el que trabaja con dos o uno es subhumano.

Cada vez que reprimimos el funcionamiento de un centro nos volvemos seres bicerebrales o unicerebrales.

Repetimos en nosotros mismos las principales experiencias del planeta. Dos centros están cercenados.

El cuarto centro es una síntesis de los otros tres.

El universo es un ser con tres centros que corresponden a los nuestros.

El centro emocional es la dínamo de nuestra vida entera. Contiene nuestros deseos, que nos mantienen en vida a nosotros y a nuestros cuerpos. Los deseos se dan en planos diferentes. El deseo más alto, una vez sentido, no puede ser desplazado jamás.

Los síntomas neuróticos se deben a que los tres centros no trabajan de acuerdo, están en desarmonía, un centro en un ritmo e intensidad definitivamente diferente del de los otros.

* * *

La Razón objetiva es lo inmortal. El esfuerzo que hago para llegar a ser objetivo transforma sustancias que así se vuelven permanentes, inmortales. Adquiero un "Yo" permanente, independiente de las vicisitudes de la vida y atento a un propósito consciente, que permanece a través de alzas y bajas, a través de rachas de buena y mala suerte.

La razón es la suma de las funciones normales de un ser humano, no el razonamiento lógico ordinario o raciocinio.

La razón se desarrolla yendo contra los hábitos y la repetición, siguiendo un antojo legítimo: no haciendo lo que hacen los demás.

Ponderar es responder a preguntas desde la esencia y responderlas prácticamente. Un tercio de nuestro tiempo debería ser utilizado en ponderar.

Ponderar es asimilación intelectual.

Ponderar implica el uso tanto de la mente como de la emoción.

El acto de ponderar sólo es propio de un ser.

La contemplación es el contacto con formas mentales legadas por otros seres interesados en la razón objetiva.

El mundo de las ideas está poblado como lo está el mundo de la naturaleza. La capacidad de tratar ideas como si fuesen cosas, de distinguir entre ellas, sería el pensamiento objetivo.

Ninguna aseveración puede ser comprendida sin el esfuerzo de una asimilación consciente: esto conlleva realización.

Realización: cuando lo conocido es sentido con la emoción y la sensación.

La imaginación controlada se convierte en trabajo mental.

La introspección es una forma de locura.

Nos es imposible llegar a un juicio sobre nosotros mismos a través de la introspección: este juicio está sociológicamente condicionado.

Razonar es la locomoción del centro intelectual, que se compone de órganos definidos: concentración, ponderación, meditación, contemplación. La progresión lógica es la locomoción ordinaria del centro intelectual como un todo. En el cuerpo planetario vida es sensación; en el cuerpo astral, emoción; en el cuerpo mental, pensamiento.

Compartimos la razón instintiva con los animales, pero tenemos una clase superior de ella; la razón asociativa funciona de acuerdo con asociaciones verbales; sobre la razón objetiva no sabemos prácticamente nada: sólo puede ser adquirida por medio de Labor Voluntaria Consciente y Sufrimiento Intencional.

La razón del hombre ordinario es la razón del conocimiento. La razón del hombre normal es la razón de la comprensión. El conocimiento es temporal, puede cambiar. La comprensión es permanente, inalterable.

Osiris es un deseo de comprender hecho pedazos. Nuestra tarea es aunar nuestros verdaderos deseos. Tal es la reparación³.

La mente es un dragón que rehusa contestar con claridad a las preguntas. Hay que matarlo obligándolo a responder con claridad.

No actuamos razonablemente de acuerdo con nuestra razón.

El mero intelectualismo, la mera filosofía, produce monstruos.

* * *

Atlántida: la conciencia moral objetiva, sumergida, absorbida en la personalidad. La Labor Consciente Voluntaria y el Sufrimiento Intencional desentierran la conciencia moral sepulta.

La conciencia moral objetiva es la función de un ser normal; es el representante de Dios en la esencia. Tan profundamente enterrada que permanece relativamente indestructible.

Juan Bautista: la conciencia moral objetiva clamando en el desierto del cuerpo. La conciencia moral decapitada por la vida exterior. "Mirad al Cordero de Dios" -el "Yo".

Dios es el "Yo" del universo.

Krishna: el "Yo" de Arjuna.

³ En inglés; "at-one-ment".

Está dicho: Si tu "Yo" es íntegro⁴, tu cuerpo entero estará lleno de luz. Yo y el Padre somos uno⁵. Estad quietos, y conoced que "Yo" soy Dios⁶.

El "puente" en las religiones antiguas significaba el Camino, el Camino del Buda, el Camino de Jesús. "Yo" soy el camino, no quería decir Él mismo, sino aquello a lo que realmente se le puede llamar "Yo".

Hay un "Yo", un alma en potencia. Si podemos decir "Yo tengo un cuerpo" con la misma simplicidad con que decimos "Yo tengo un auto", podremos comenzar a darnos cuenta de que este cuerpo es una máquina transformadora que "Yo" puedo tener. "Yo" tengo una máquina para usar, no significa "Yo" soy una máquina. "Yo" tengo un cuerpo, un organismo mecánico cuya función es la de transformar substancias y energías.

"Yo" es el agente moral: la moralidad objetiva proviene del "Yo".

"Yo" es el Mesías, a quien la criatura espera.

* * *

La religión es el estudio y la práctica de la perfección, y se resume en el texto: "Sed perfectos, como lo es vuestro Padre que está en los cielos".

El Buda, Pitágoras, Jesucristo fueron obreros prácticos.

La religión es un medio para expandir el ser, para ampliar la conciencia. Las *religiones* pueden limitar la expansión a un solo centro.

La religiosidad es una actitud emocional ante la pregunta: "¿Por qué he nacido?"

Orar es deseo en tres centros, más esfuerzo en tres centros.

⁴ En inglés: If thine "I" (eye) be single (S. Mateo, 6,22).

⁵ S. Juan, 10,30.

⁶ Salmo 46,10.

Dios es bueno, y Él quiere que se realicen los seres del universo de modo que ellos también puedan gozar de la bienaventuranza y llegar a ser Hijos -que puedan entrar en la psicología del Ser que creó el Mundo.

Dios ha compartido Su sufrimiento con nosotros para que también podamos compartir Su creación.

El deseo de vivir de Dios es compartido por todos los seres.
Dios tiene un propósito y es función de los seres normales tratar de comprender ese propósito.

Literalmente vivimos en el cuerpo de Dios. Estamos hechos a la imagen de Dios: la fantasía de Dios es la inmortalidad.

Llegar a ser conscientes de nosotros mismos en nuestra parte más elevada es llegar a ser parte de Dios.

Dios es la psique del universo.

En nosotros la psique es el campo de actividad más la forma del campo. Dentro del campo hay tres centros: Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espíritu Santo.

* * *

La conciencia es un fenómeno eléctrico que surge de un estado de ser que podemos sentir.

Salvo que podamos "recordarnos" somos completamente mecánicos. La autoobservación sólo es posible a través del recuerdo de uno mismo. Estos son los primeros pasos en la conciencia de sí.

Fe, Esperanza y Caridad Conscientes son brotes de la esencia. Fe es confianza, no mera creencia. Esperanza es esfuerzo, no deseo; esfuerzo de que sea así, no simple deseo de que pueda ser así.

La creencia es un lujo; sólo aquellos que tienen conocimiento real tienen derecho a creer; de otro modo, la creencia es sólo una opinión plausible.

Labor Consciente Voluntaria: aquello que se hace contra la inercia y lo mecánico del organismo; no por lucro o provecho personal, ejercicio, salud, deporte, placer o ciencia; no por resentimiento, o por gusto o disgusto.

Con el trabajo consciente, la individualidad toma el lugar de la personalidad. La individualidad crece de la esencia.

La Encarnación es el habitar consciente del propio cuerpo; la reencarnación no puede ocurrir antes de la encarnación.

Podrás aprender a saber cuándo estás haciendo un esfuerzo conscientemente por la experiencia de los esfuerzos físicos, sobreponiéndote a la inercia interior - empujando contra el yugo.

La individualidad es la conciencia de la Voluntad.

* * *

El tiempo es un perpetuo perecer. Es el enemigo de Dios.

El tiempo es lo más importante después de la conciencia. El flujo del tiempo a través de nosotros nos da la oportunidad de extraer lo que podamos. El tiempo es una corriente triple que fluye a través de nuestros tres centros. Pescamos en la incesante corriente del tiempo: lo que capturamos es nuestro, pero el resto desaparece. El tiempo no espera a que capturemos todo lo que hay en la corriente, pero si capturamos lo suficiente tendremos lo suficiente para formar los cuerpos superiores, y así llegar a permanecer.

El tiempo es la suma de nuestras experiencias potenciales, la totalidad de nuestras experiencias posibles. Vivimos nuestras experiencias en forma sucesiva: ésta es la primera dimensión del tiempo.

Ser capaz de vivir experiencias simultáneamente es añadir otra dimensión, la segunda, al tiempo. El tener conciencia de esta simultaneidad llamamos tiempo sólido, o tercera dimensión del tiempo. Cuando nos hayamos identificado con el tiempo, será como en el Apocalipsis: "Y el tiempo no será más".

Justo en el momento del tiempo en que podamos decir: "Lo que me está ocurriendo", estaremos a salvo.

Gurdjieff dice: "El tiempo es el Subjetivo Único",

La Naturaleza, desde cierto aspecto, es la madrastra malvada de los cuentos de hadas, seduciéndonos y usándonos para sus propios fines: la evolución de substancias.

Un rebaño de ovejas existe para el propósito objetivo de proveer carne y lana. Tal vez sobre esto podamos trampear a nuestro destino, aunque entonces serviremos a otro propósito objetivo.

La oveja negra se siente muy extraña entre las otras. Nuestro interés está en el individuo: el rebelde que vislumbra. Hablando de ovejas, ponderen sobre la canción de cuna: "Black sheep, black sheep, have you any wool? Yes sir, Yes sir, three bags full. One for the master, one for the dame, one for the little boy that lives down the lane⁷." Y la otra: "Little boy blue, come blow your horn . . . he's under a haycock fast asleep⁸."

La Naturaleza es genio sin sentido común.

La Naturaleza es el acreedor objetivo de todos los seres vivientes.

* * *

Los científicos se ocupan en anatomizar el cadáver del universo.

El científico ordinario: aquel que posee una variedad de información no verificada por la propia experiencia, y que a menudo es refutada por otro "científico".

La ciencia ve todo mecánicamente, a través de parte del centro instintivo-motor. En una crisis no tiene respuesta a las necesidades humanas.

⁷ "Oveja, ovejita negra, ¿tienes algo de lana? Sí, señor; sí, señor, tres bolsas llenas. Una para el amo, una para la dama, una para el pequeñuelo que vive aquí al lado".

⁸ "Niñito azul, ven toca su corneta . . . está bajo un almiar, profundamente dormido".

La ciencia se ocupa del "cómo", no del "porqué".

El descubrir no más y más cosas, sino la verdad o la verdadera relación entre las cosas, es lo que diferencia a los hombres de los animales.

El conocimiento ordinario es un darnos cuenta de hechos exteriores; la creencia ordinaria es convicción fundada en bases inadecuadas.

La ciencia objetiva es aquella cuyo fin consciente es la investigación del significado y del propósito de la existencia.

* * *

El universo es el cuerpo de Dios. Es la fuerza neutralizante del Sol Absoluto; la manifestación de la lucha entre las fuerzas positivas y negativas de Dios.

Los planetas son seres inmensos y tienen relaciones entre sí, como la gente. Tienen sus gustos y disgustos, sus tensiones; sienten simpatías o antipatías mutuas.

Nuestro mundo, la Tierra, es la nota *mi* en uno de los rayos cósmicos; la localización en el espacio de dos mil millones de seres deformados: el planeta lunático.

Conocernos a nosotros mismos es conocer al universo.

Hablando del conocimiento de sí, se dice en los evangelios no canónicos: "El reino de Dios está dentro de vosotros. Tratad, pues, de conoceros y sabréis que sois la ciudad y que estáis en la ciudad." "Seguidme y me perderéis; seguidme y encontraréis no sólo a vosotros mismos sino también a mí."

Descubrid el "rasgo principal", venga de donde venga. No os identificuéis con él y no os molestará más.

La observación de los demás está coloreada por nuestra incapacidad de observarnos a nosotros mismos imparcialmente. Nunca podremos ser imparciales en nada hasta que podamos ser imparciales respecto de nuestro propio organismo.

Nos interesamos primeramente en nosotros mismos como juzgadores; el objeto de estudio correcto de cada individuo es él mismo. Sólo quien haya intentado juzgarse a sí mismo,

puede tener una idea de cómo poder juzgar a otro. Un aforismo en la Sala de Estudios del Prieuré dice: "Juzga a los demás a través de ti mismo y rara vez te equivocarás".

Nuestra realización nos es impuesta. A esto se le puede llamar justicia.

El arte objetivo produce un estado de no-identificación. Trata del desarrollo interior.

Los verdaderos artistas son las antenas de la naturaleza; son las sombras que proyecta la naturaleza por venir. El bohemio es el típico artista subjetivo, expresándose a sí mismo.

Buscad el arte, buscad la razón.

Es posible tener emociones estéticas y estar desprovisto de emociones humanas.

No hay tal cosa como una obra de arte inmortal. Hay un solo arte: el más grande de todos, el arte de hacer de uno mismo un ser humano completo.

* * *

La esencia es un residuo químico del sol y de los planetas del sistema solar que entra en los seres de la tierra en el momento de la concepción. En el hombre esto afecta la región del plexo solar. Es diferente de cualquiera de las sustancias químicas que se encuentran en este planeta, y liga el hombre al cosmos. Así como las sustancias químicas del cuerpo físico regresan a este planeta después de la muerte, también las sustancias químicas de la esencia regresan a sus fuentes.

La verdad ante Dios es la esencia; la "verdad" ante el hombre es la personalidad.

Voluntad: sólo aquello que es auto-iniciado, no obligado, no deseado por el organismo. Un esfuerzo para lograr un querer del "Yo", no un querer del "ello".

Remordimiento: dolor por no haber actuado de acuerdo con la conciencia moral objetiva.

La conmiseración es divina; la conmiseración de sí, diabólica.

La redención es la actualización final de las potencialidades: el "ser lo que debemos ser".

El sufrimiento voluntario, o intencional, es el precio de la inmortalidad.

La duda honrada es un juicio en suspenso.

El sentido común sazonado y experimentado es sabiduría; y la sabiduría en su madurez es belleza.

Cólera y odio son emociones negativas sólo cuando están mal dirigidas. No temáis nunca odiar a lo odioso.

Sentido del humor: una forma de intuición.

Intuición con certeza es buen juicio.

Egoísmo: medir a los otros por nuestros gustos y disgustos; no por sus necesidades, sino por nuestras preferencias.

Vanidad: aquello por lo que estamos dispuestos a sacrificar casi cualquier cosa con tal de no herirla.

Orgullo: ignorante presunción de que las cualidades y el buen estado del organismo se deben al mérito.

Superstición: actitud emocional hacia una mentira.

Sentimentalismo: una ligera emoción exagerada por un pensar confuso. "Actuar noblemente y lamentarlo todo el día".

Agudeza verbal: una clase de exhibicionismo sexual.

¿Quieres ver al diablo? Mira en el espejo.

Sé pianista, no piano.

La persona feliz es la que se esfuerza por actualizar sus potencialidades.

Hay poca diferencia entre las experiencias de diferentes personas; la diferencia consiste en lo que hacen con ellas. En nuestro primer alimento lo importante no es tanto la cantidad y la calidad cuanto la digestión. Las experiencias son otra clase de alimento; desde este punto de vista, no importa tanto lo que sucede cuanto la manera en que tomamos las experiencias.

La vida debe ser una superación voluntaria de dificultades, las que nos ocurren y las que creamos voluntariamente; de otra manera, es sólo un juego de azar.

Deberíamos esforzarnos en hacer cada vez más cada vez mejor, y cavilar sobre ello cada vez menos.

Nada de lo que puedo hacer, aun lo mejor que me es posible, puede ser *bueno*. Como dijo Jesús: “Siervos inútiles somos, pues lo que debíamos hacer, hicimos⁹.” Por eso me esforzaré en hacer lo mejor que pueda.

No juegues con álgebra sin haber estudiado aritmética. “Buscad primeramente el Reino de Dios¹⁰.” Sé como un niño, interesado en sí mismo.

Siente con el cerebro, piensa con el corazón, actúa en forma práctica.

Formula no sólo tus pensamientos sino también tus sentimientos.

A lo que entraña un desperdicio mental, emocional o físico, llamamos inmoral.

Tienes una protección completa a tu alcance: el silencio.

Los ejercicios psicológicos tienen el propósito de obtener libertad de movimiento para los cuerpos astral y mental. Comenzad por enseñarles a gatear.

⁹ S. Lucas, 17,10.

¹⁰ S. Mateo, 6,33.

Cuidaos de los ejercicios prematuros.

Hay que contrastar la inmortalidad condicional y la imposible inmortalidad de Tennyson: aquellos que “vagamente confían en la esperanza mayor”¹¹ “La inmortalidad entraña responsabilidad.”

Debe haber *algo* para explicar por qué todos somos tan tontos; por qué no somos conscientes de nosotros mismos; por qué nos tratamos con tanto cuidado. Hay algo: es Kundabuffer.

El reconocimiento de la ignorancia es el comienzo de la sabiduría.

Hay más alegría en el Cielo por un hombre perfeccionado que por noventa y nueve ángeles naturalmente evolucionados.

El último grado de la enseñanza esotérica es el simple sentido común.

¹¹ "Faintly trust the larger hope".